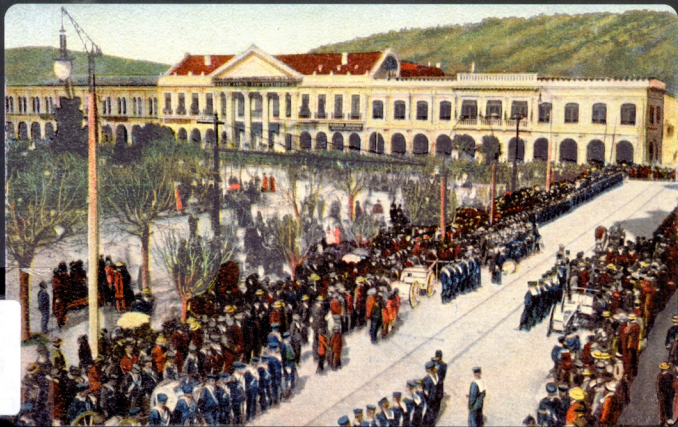


Armando Cartes Montory

CRÓNICAS DEL BICENTENARIO



339



EDICIONES
UNIVERSIDAD SAN SEBASTIAN



CHANTECLER

Semanario Humorístico, Literario y de Actualidades

Año I.

CONCEPCIÓN, 30 DE JULIO DE 1910.

Núm. 15



Si se agiganta su cabeza
de acuerdo cómo sea él,
para distraer su espíritu
el viejo mundo se hunda.

El mismo los legiones
más estrales de la tierra.
Como desde Inglaterra
a los regimientos polares.

Pedro del Río, visto por la Revista penquista *Chantecler*, en 1910.

LOS VIAJES DE UN PENQUISTA EN TORNO AL MUNDO

Hace ya un siglo largo, Pedro del Río Zañartu, un hombre nacido a orillas del Bio-Bío, recorrió en mula, en tren y hasta en elefante, Asia y las Américas, África y Europa, en busca de consuelo para una pena infinita.

Pedro del Río Zañartu, prohombre penquista del siglo XIX, no fue un personaje común. Agricultor e industrial emprendedor, exportador a los mercados de California, es reconocido como uno de los artífices del progreso de Concepción en el siglo pasado. Cofundó el Club Concepción, el Teatro Concepción, colaboró con el proyecto de Universidad y Hospital Clínico, presidió el Banco de Concepción y en general, estuvo presente en todas las obras de progreso de la ciudad en su época.

Descendiente del corregidor Zañartu, heredó de éste su carácter fuerte y decidido. Emparentado con el general José María de la Cruz y con el Presidente Aníbal Pinto, ocupó un lugar prominente en la sociedad penquista. No aceptó, sin embargo, por decisión propia, ocupar un sillón en el Congreso, pues prefería dar expresión a su inquietud social desde la esfera privada y sin abandonar su tierra.

Su contribución, en todo caso, no fue en ningún modo escasa. Pedro del Río es conocido en Concepción como "el filántropo", en consideración al rasgo más distintivo de su carácter. Todavía la ciudad disfruta de diversas manifestaciones de su filantropía. La



Pedro del Río Zañartu, 1840-1918.

principal, es el Parque y Museo que lleva su nombre, hoy Monumento Nacional, que se halla situado en la Península de Hualpén, también Santuario de la Naturaleza, en la desembocadura del río Bio-Bío.

Fueron donados a la ciudad de Concepción en testamento otorgado en 1917 y corresponden a las casas patronales del fundo Hualpén. Por su situación, en lo más alto de una colina, dominan el paisaje y permiten apreciar, a través de galerías vidriadas, el encanto del río y del mar cercanos. En su interior, cada habitación refleja la forma de vida de una familia patricia

de la segunda mitad del siglo XIX. Pero la vieja casa patronal alberga aún un atractivo mayor: contiene el Museo de “variedades universales”, que su antiguo morador fue reuniendo a través de cuatro viajes por diversas regiones del mundo.

LA TRAGEDIA

La existencia del señor del Río habría transcurrido plácida, entre las tareas del campo y las tardes en el Club, de no ser por un hecho aciago que la alteró profundamente. Casado con doña Ana Rosa Serrano Squella, tuvieron dos pequeños niños, que llevaban los nombres de sus padres. En tres días terribles de febrero de 1880, la difteria que asolaba a la ciudad se llevó a su joven esposa y a sus hijos. “*Los tres a la vez*”, reza la inscripción simple y dramática en el hermoso conjunto de mármol que don Pedro hiciera esculpir en Italia para ellos.

Entonces creyó enloquecer. Buscando algún consuelo, o bien su propia muerte en alguna región desconocida, iniciará un largo viaje en torno al mundo. Un biógrafo contemporáneo escribió: “Cuando la angustia de muertes sucesivas hizo el silencio en su hogar.. el señor Del Río cruzó el mar y fue a Europa, el Asia y al África y visitó toda la América para mitigar siquiera sus dolores infinitos...”

Más tarde, su curiosidad insaciable, despertada en aquel primer peregrinaje doloroso, lo llevaría a recorrer el mundo, en busca de nuevas emociones -la “fiebre de lo desconocido”, como él la llamaba-, así como de objetos interesantes con que enriquecer sus colecciones.

Cuatro viajes realizó don Pedro del Río. Todos



Doña Ana Rosa Serrano Squella, primera esposa de Pedro del Río, muerta tempranamente, a causa de la difteria.



Doña Carmen Urrejola y Unzueta, segunda esposa de Pedro del Río, quien lo acompañó en sus segundos, terceros y cuartos viajes, y que lo sobreviviría largos años.

se prolongaron por más de un año. El primero de ellos en 1880, a los cuarenta años, solo y animado por la tragedia. Los siguientes acompañado de su segunda esposa, doña Carmen Urrejola y Unzueta, distinguida dama de la sociedad penquista. Su afición se mantendría intacta hasta el fin de sus días. Entrevistado en 1910 con setenta años cumplidos, expresaba: “Si no estuviera, como estoy, con un pie en sepulcro, daría la vuelta al mundo por cuarta vez”... ¡y lo hizo!

Con todo, sólo el primer viaje de del Río fue efectivamente uno de circunvalación. Nos referiremos a éste, por tratarse de una empresa arriesgada, en la que muy pocos le habían precedido.

LOS VIAJES EN TIEMPOS DE MULAS Y VAPORES

En la época de Pedro del Río, en que ferrocarriles y vapores desplazaban rápidamente a las viejas diligencias y veleros, los viajes a Europa no eran infrecuentes. Pero ciertamente un viaje de circunvalación era una empresa muy superior.

Hacia 1880, época de su primer viaje, el mundo era menos homogéneo que hoy en día, lo que si bien hacía sus experiencias más interesantes, no las volvía más sencillas. Más de una vez, en tierras extrañas, los tres idiomas que dominaba fueron insuficientes para darse a entender.

Entre las numerosas dificultades que el penquista debió enfrentar, vale la pena mencionar las frecuentes cuarentenas, a que estaban expuestos los pasajeros en las largas travesías marítimas. Así, navegando por el Mississippi, en ruta a Nueva Orleans, tras sufrir en tierra, la desinfección de sus ropas y enterarse que deberían soportar cinco días de cuarentena, escribe el viajero: “Regresamos mustios i desalentados, encontrando el vapor con fuerte olor a azufre; con poderosas máquinas... se fumigó no solamente la bodega i carga, sino también los camarotes, el comedor i cuanto había, en medio de estornudos i juramentos de la tripulación...”.

En el mar, además, los pasajeros debían soportar una desagradable compañía: los animales destinados a proveer de carne a la población y a las explotaciones salitreras del norte. Relata don Pedro:

“¡Por fin desembarcaron los últimos animales; ya podremos respirar!... los pasajeros vienen a bordo expuestos a todas las epidemias, absorbiendo este aire corrompido. Casi siempre se acumula el estiércol de estos animales hasta media vara de espesor; los camarotes van precisamente sobre estas inmundicias”

A ello debe añadirse la sucia, pero indispensable, operación de cargar carbón. En Pisagua: “Doce horas sin interrupción funcionando los cuatro ‘donkeys’ con un ruido infernal. ¡Dormir, qué esperanza! Se cubre





Cuarto de música en la casa museo de Hualpén.

además todo, aun los camarotes, con una gruesa capa de polvo negro... tomamos 400 i tantas toneladas, o sea 20 lanchadas”.

Calores sofocantes, largas marchas a lomo de mula o a pie, robos y extravíos, choques de carros y muchas otras dificultades que, en aras de la brevedad, sólo enumeramos. Y sin embargo, el intrépido penquista llegaba siempre más lejos, a pesar del riesgo o de las dificultades. Escribía Vicuña Mackenna, comentando sus viajes para El Mercurio de Valparaíso:

“...a diferencia de la mayor parte de nuestros compatriotas, que sólo se asoman a los países que visitan desde sus ventanas, el viajero penquista... acostumbraba internarse hacia dentro de las tierras cálidas, a pesar del calor. La mayor parte de los viajeros de la Tierra Santa no pasan más allá del Santo Sepulcro, especialmente si son chilenos y santiaguinos. Pero los pencones, concluía, se atreven siempre más, en particular cuando se trata de dar una lección a los últimos”

Es que le animaba, sin duda, un espíritu espe-



Alcalufes en el Estrecho de Magallanes.

cial. Oigámosle, en prueba, relatar una tormenta, que lo sorprendió en el mar, durante su tercer viaje, y que encaró con la energía acostumbrada:

“Se nos vino de improviso, ya de noche, i con tal violencia, que volaban las sillas como plumas i con éstas algunos de nosotros, yendo el que esto escribe... a estrellarse, después de feroces golpes y vueltas, en la baranda, de donde nos alzaron, sintiéndonos extremadamente doloridos y magullados. Sin embargo, no me di por vencido, quedándome sobre cubierta, admirando este imponente espectáculo que me atrae y me agrada”.

EL VIAJE EN TORNO AL MUNDO

Buscando algún alivio para su enorme pena, emprendió el benefactor su primer viaje. El 7 de julio de 1880, en plena Guerra del Pacífico, dejaba la rada de Valparaíso para dirigirse rumbo al norte. Llega a Arica pocos días después de la toma del Morro. Quiere seguir al Norte, pero el Capitán del vapor se lo impide: “habiéndome repetido por la centésima vez que los peruanos nos sacarían de a bordo en Chimbote, i rehusándonos el pedido de armar doce hombres de la tripulación con los rifles que tenía para hacernos fuer-

tes, resolvimos volvernos a tomar la vía del Estrecho”.

Pronto se encuentra entre los canales del Sur. Punta Arenas, comenta, cuenta “como con mil habitantes, entre éstos bastantes extranjeros; los fueguinos, en tanto, no pasan de diez mil”.

Después de conocer Montevideo, se dirige a la capital argentina. Infatigable, realiza algunas excursiones al interior, tras lo cual se dirige al Brasil. Una vez allí, recorre Petrópolis, Pernambuco y Río de Janeiro, maravillándose con la riqueza y variedad de la flora y fauna tropical, que veía por vez primera. Luego de navegar por el Amazonas, aborda un vapor hacia la Martinica.

Octubre los sorprende entrando a la bahía de Nueva York, tras una navegación que el calor hiciese larga y penosa. En esa metrópolis, tiene ocasión de admirar el rápido progreso de la joven república, que le provoca elogiosos comentarios. Desde ahí continúa viaje por la costa: Filadelfia, Baltimore, Washington y Boston desfilan raudos ante sus ojos, junto a un sinnú-



Fuente situada frente al ingreso de la casa Museo.



El viajero penquista fue testigo de un mundo diverso y en rápida transformación.

mero de localidades más pequeñas. Con el otoño boreal se dirige al Canadá. Allí conoce Montreal, Toronto y otras ciudades situadas a orillas del lago Ontario; para luego retornar a los Estados Unidos, por la vía del Niágara, a donde llega en coche. Buffalo, Chicago y hacia el sur, por las Rocallosas, hasta su destino último en Norteamérica: California.

Para llegar allá debe atravesar previamente el medio Oeste. Omaha, Saint Louis y Kansas City van quedando rápidamente atrás, a bordo del ferrocarril, que ya entonces unía ambas costas del país del Norte. En pleno Far West, escribía: "Los bichos de todas clases i formas no me dejaron pegar los ojos, principalmente los de cabeza negra, que llegaban a cada momento borrachos como cuero, cantando, bailando o llorando; pero ¿qué otra cosa se puede esperar si ya estamos entre los 'roughs' del Far West?"

Desde ahí se dirigió a Salt Lake City -capital del territorio de Utah, no incorporado aún a la Unión-, sede del Estado Mormón, todavía polígamo, que tenía gran interés en conocer. Mas nada lo detiene por mucho tiempo y pronto vuelve a emprender la marcha. Reno, Sacramento y finalmente, California. De esta manera, Pedro del Río contempla la región que, años atrás y mientras duró la fiebre del oro, fue el principal destino de su actividad exportadora.

RUMBO A ORIENTE

Japón lo impresiona gratamente, por lo que dedica largas jornadas a conocerlo. En sus apuntes de enero de 1881, leemos con sorpresa: "Los japoneses están imitando varios artículos que importaban, i una vez que los fabrican nadie les puede hacer competencia".

Luego abandona el país del sol naciente y atraviesa el mar de la China. Infatigable y por espantar sus recuerdos, que lo han seguido hasta acá, recorre Shangai, Hong Kong y Cantón, buscando “ver algo nuevo todos los días, para no perder el juicio”. Tras imbuirse de la historia y tradiciones de las regiones visitadas, continúa viaje hacia la India. Allí, previa escala en Singapur, conoce Delhi, Benares, Bombay, Madras y muchísimas localidades más pequeñas. No dejará el país sin antes probar sus comidas típicas, bañarse en el Ganges o recorrer las estrechas callejuelas a lomo de elefante. Su viaje al interior de la isla de Ceilán (actual Sri Lanka) es calificado de “único” por Vicuña Mackenna, puesto que casi con certeza, asevera, era la primera vez que un chileno lo realizaba.

A bordo del vapor “Brindisi” cruza el mar Árabe y, tras breve escala en Aden, enfila, vía Mar Rojo, a El Cairo. Luego de las consabidas excursiones por el Nilo -incluyendo, por cierto, una ascensión a la cima de la pirámide de Cheops- continúa hacia la Tierra Santa.

En ambas regiones, y en general en todo el Oriente y en Africa, hace frecuentes referencias a la presencia colonialista de las potencias europeas. A ratos, lo oímos alabar el progreso material alcanzado al amparo de tales naciones; en otros casos, levanta su voz para condenar los abusos cometidos por los ocupantes, así como el ahogamiento de la cultura nativa. Ello se manifiesta aún en los detalles más nimios. Así, en Grecia, escribe: “Aún se ven algunas señoras con su pintoresco traje nacional ¡con gorro lacre que tan bien les sienta!, pero no son sino excepciones. La mayor parte de los hombres -concluye- visten a la francesa”.



Armadura europea medieval, de la colección de armas del Museo de Hualpén.

Port Said y Alejandría han quedado atrás y, promediando mayo, encontramos al filántropo en Jaffa, “donde Noé construyó el Arca, donde Hiram, rei de Tyro, trajo los magníficos cedros del Líbano para el templo de Salomón”. Comenzaba así su “peregrinación de cristiano” por los Santos Lugares que lo llevaría, a lomo de caballo por las arenas ardientes, hasta los rincones más apartados.

Y luego... Creta, el Pireo, Atenas y, por supuesto, la Acrópolis. Tras abandonar Grecia, navegando entre sus islas, ingresa a los Dardanelos, con Europa y Asia a uno y otro costado; cruza el mar de Mármara y llega a Constantinopla, la actual Estambul.

Luego de visitar la Sublime Puerta, la mezquita de Solimán el Magnífico, el templo de Santa Sofía y otros lugares de interés, continúa por el Mar Negro hasta Varna, principal puerto del -entonces- principado de Bulgaria: el viajero penquista se encuentra por fin, a un año de su partida, a las puertas de Europa.



Pieza de la vajilla de Pedro del Río, con su monograma.

POR EUROPA Y ÁFRICA

Bulgaria, Rumania y Hungría formaron parte del itinerario del infatigable viajero. Su larga travesía por el viejo continente prosigue en Polonia, de ahí pasa a Praga, capital de la antigua Bohemia; Servia, Sajonia, Prusia, y luego la Rusia zarista son testigos de las andanzas del señor del Río. En estos países tiene oportunidad de avistar a numerosos monarcas europeos de la época. Entre ellos el Zar, durante su estada en Moscú:

“Observé que casi sin excepción aman de veras al zar; pues lo vitorean con todo gusto cuando pasa, ajitando sus gorras con expresión de alegría; sin embargo, noté algunos pocos que lo hacían como gruñendo...”

Tras conocer San Petersburgo, abandona Rusia, no sin antes constatar la fuerte religiosidad, rayana en el fanatismo, de su pueblo. A la luz de los acontecimientos políticos actuales y del resurgimiento religioso que se observa en los países del este europeo, sus observaciones adquieren hoy renovada vigencia.

Antes de internarse en los países nórdicos -Finlandia, Noruega, Suiza y Dinamarca-, recorre Viena, en el imperio austro-húngaro. Berlin y Dresden, percibiendo el ambiente militarizado de la Europa Central de la época. En su gira decimonónica pudo admirar, además, numerosas catedrales y palacios preciosos, que después arrasaría la guerra.

De regreso a Alemania, conoce Hamburgo, Frankfurt, Coblenza y muchas otras ciudades germanas. De Estrasburgo se dirige a Niza, durante una breve estada en Francia, que incluye, entre otros pun-

tos, Orleans, Vichy, Marsella y, por supuesto, París. Siguiendo la línea de la costa, continúa viaje desde Niza a Milán, por Génova, y en seguida a Suiza. Luego recorre Italia, hasta Sicilia y Malta.

Comenzando 1882 se encuentra ya “en plena berbería”, visitando Túnez y Argel, entonces posesiones francesas. En Túnez expresaba, optimista: “es cosa particular lo que me pasa con estos países tropicales, de fiebres, epidemias i fuertes calores; todo esto lo olvido al cabo de algún tiempo i deseo volver a admirar sus raras costumbres, pintorescos trajes i espléndida

naturaleza”.

Tras cruzar el Mediterráneo, lo vemos entrando a España, por Cartagena, de donde continúa a Madrid, atravesando Murcia y la región de la Mancha. La madre patria, a que tantos vínculos lo unían, es descrita con gran cariño por el viajero, quien visitará Madrid, Sevilla, Córdoba y decenas de otros pueblos.

Después de una corta excursión al Portugal, se embarca en Gibraltar con destino a Marruecos. En Tánger, asiste con pena a un remate de esclavos ne-



Casa patronal, Monumento Nacional, hoy Museo de Hualpén.



Ruta de Pedro del Rio en su primer viaje en torno al mundo (1880-1882).

gros, que describe con desagrado.

Posteriormente recorrerá Holanda, Bélgica e Inglaterra y pronto, atravesando la isla, llega hasta Escocia, donde visita fábricas y centros mineros. Estos últimos los califica de “horribles”, al compararlos con los establecimientos de Lota, Schwager, Lebu y Puchoco.

EL REGRESO

A partir de este momento empieza a prepararse para el largo viaje de regreso. Luego de permanecer algún tiempo en Londres y París, se embarca en Southampton con rumbo al Caribe. Saint Thomas, nuevamente, Puerto Rico, Santo Domingo y Puerto Príncipe, en Haití, son algunas de sus escalas más interesantes.

Tras ellas lo encontramos, en julio de 1882, recorriendo las calles de Panamá, donde, por esos mismos días se hallaban iniciados, con grandes dificultades, los trabajos del canal. Por fin, tras una breve escala en Lima, se embarca con destino a Chile. El mismo describe su estado de ánimo, al regreso de su largo periplo: “...desembarqué en Valparaíso, si no feliz, tranquilizado el corazón i reanimadas las esperanzas, después de dos años de continuo andar por el mundo, como infeliz peregrino que persigue sombra amada sin hallarla...”

Durante su primer viaje, Pedro del Rio visitó 298 ciudades, villas y villorrios, en las más diversas latitudes. Su itinerario ha podido ser reconstruido no sólo gracias a la abundante información contenida en sus crónicas, sino a que el viajero, en su meticulosidad, conservó cuentas de hoteles, menús de éstos y de buques, y periódicos de cada ciudad que visitaba. Con

ellos formó una colección, la que se haya expuesta, en ínfima proporción, en el Museo.

EN CONTACTO CON UN MUNDO CAMBIANTE

Sus viajes posteriores ponen en contacto al viajero con un mundo que, comenzando el nuevo siglo, se adentraba de lleno en la modernidad. En el Far West o en los Santos Lugares el ferrocarril se abría paso, trayendo consigo el progreso a los hasta entonces remotos parajes. Los rascacielos de Nueva York o los carros eléctricos en Montevideo simbolizan los nuevos tiempos que, inexorablemente, van suprimiendo las antiguas formas de vida.

Del Río, observador agudo, no es indiferente a este proceso. En sus crónicas ha quedado registro no sólo del asombro que provocan en él los logros de la técnica, sino también los intensos cambios sociales que éstos traen aparejados. Así, nos da cuenta de la

migración campo ciudad, fenómeno común a diversas naciones europeas de la época; de la expansión de las modas –“que pronto lo invadirán todo”–, con el consiguiente deterioro de las culturas autóctonas; de la expansión del socialismo y del anarquismo; del auge económico del Japón y otros países del Oriente; de la contaminación atmosférica que afecta a las grandes ciudades y a los centros industriales; en fin, las conquistas y éxitos, pero también los bemoles de una era que, para bien o para mal, se auguraba muy distinta de cuanto se había conocido hasta entonces.

El filántropo, cuya existencia había transcurrido casi íntegramente en el siglo anterior, se hallaba ahora en la ancianidad. Muchos de estos cambios se le presentaban como hostiles y, sin embargo, inevitables. Así ocurre, v. gr., con la introducción del automóvil. En Londres, escribe:

“Ignoro el número de automóviles, pero son

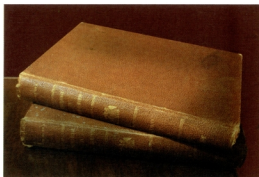


Pedro del Río, junto a sus colecciones, en la galería de la casa patronal del fundo Hualpén (fotomontaje Siegfried Obrist).

numerosos, i los que los aborrecen, como yo, forman lejión. En estos días se presentó ante la justicia un noble Lord mui conocido pidiendo se le permitiera cargar rifle, pues en los alrededores, en un camino próximo a su domicilio, estaba en peligro continuo su vida i la de toda su familia, por la rápida marcha i ningún cuidado con que manejaban los nuevos bichos; pero el prudente juez no tuvo a bien acceder a lo pedido”.

“Sin embargo, precisa darse a la evidencia: esta clase de locomoción lo invade todo i las futuras generaciones no tolerarán otra hasta que consigan la aérea”.

No obstante los largos viajes, del Río jamás perdió el cariño a Chile. Por el contrario, sus dichos denotan a menudo un abierto chauvinismo. Al comparar la Opera de Viena con la de Santiago, el Ejército chileno al mexicano o incluso el volcán Llaima al Fujiyama, la superioridad de lo nacional es una constante en sus escritos. Del Río no es el trasplantado de Blest Gana. Para él, en definitiva, los viajes fueron lo que siempre deben ser: una oportunidad de ver tierras lejanas, para conocer más del mundo y de sí mismo. 🍷



Al regreso de su primer viaje, Pedro del Río publica en 1882 su libro “Viaje de un chileno en torno al mundo”, en dos volúmenes, prologados por Benjamín Vicuña Mackenna, obra que es reeditada en 1909, en Concepción. Las crónicas de su segundo viaje, realizado en 1887, cuidadosamente redactadas, se pierden en el hundimiento del vapor Cotopaxi, en los canales magallánicos. El siguiente viaje, efectuado en 1904 y 1905, queda registrado en su obra “Tercer viaje en torno al mundo”, también en dos volúmenes. De su cuarto viaje, en 1910, ya en la ancianidad, no quedaron escritos y sólo puede reconstituirse con los menús y diarios que recolectara. Todas sus obras fueron distribuidas por el filántropo entre amigos “e instituciones, decia, a que he creído puedan servir”.





Las colecciones de viaje y los recuerdos familiares conviven en la casa patronal de Hualpén.